Rudolf Steiner

VISIONES DEL MUNDO ESPIRITUAL

Dos Conferencias pronunciadas en Bergen, Noruega



Digitalización y Arreglos
BIBLIOTECA UPASIKA
“Colección Antroposofía”

PRIMERA CONFERENCIA

Mis queridos amigos:

Con todo mi corazón contesto al saludo tan amable dirigido recién por vuestro representante, y estoy seguro de que aquellos amigos que han venido a esta ciudad para tomar parte en un vivir antroposófico en compañía de nuestros amigos de Bergen, se unirán a mí para esto. Hemos hecho un hermoso viaje a través de las grandes montañas que nos dan una bienvenida tan agradable y amistosa, y creo que nuestros amigos gozarán con seguridad de su permanencia en esta vieja ciudad hanseática durante todo el tiempo que podamos estar aquí. Ese maravilloso trabajo del hombre, el ferrocarril por el cual viajamos, nos dio a conocer, más estrechamente que en otras partes de Europa, la impresión de la energía de la fuerza creadora humana en combinación real con la Naturaleza misma. Cuando uno ve las rocas que han tenido que ser desmenuzadas para que la mano del hombre pudiera construir ese trabajo, a la par de aquel otro construido y acumulado por la Naturaleza misma, las muchas impresiones que uno recibe hacen verdaderamente de una visita a una región así, una de las más hermosas experiencias posibles. En esta antigua ciudad, nuestros amigos pasarán el tiempo de su permanencia entre hermosas impresiones que serán conservadas en su memoria como el telón de fondo de su visita. Estos serán días de almacenar recuerdos, muy especialmente porque podemos satisfacer a nosotros mismos con la visión física de que aún aquí, en esta parte del mundo, podemos encontrarnos con corazones antroposóficos que laten al unísono con el nuestro en la búsqueda de los tesoros espirituales de la humanidad. Con seguridad, nuestra visita a esta ciudad nos unirá más estrecha y afectuosamente con aquellos que aquí nos han recibido de un modo tan cariñoso.

Estamos reunidos aquí por primera vez y lo que deseo deciros tendrá que ser de carácter aforístico. Me gustaría hablar un poco de lo que pertenece al dominio del mundo espiritual, y esto se dice más fácilmente y mejor por la palabra hablada que por la escrita, no sólo porque, teniendo en cuenta los prejuicios existentes en el mundo actual, es difícil confiar a la palabra escrita lo que tengo el gusto de depositar en los corazones de los antropósofos, sino porque es también difícil hacerlo así, ya que las verdades espirituales pueden ser realmente mejor divulgadas con palabras que con la letra escrita o impresa.

Esto se aplica en forma más particular a las verdades espirituales más íntimas. Aunque ha sido necesario que yo permitiera que verdades, espirituales íntimas fueran escritas e impresas, ello siempre me resultó amargo. Por el hecho mismo de que los seres espirituales, de los cuales se habla en tales escritos, no pueden leerlos, es un asunto muy difícil, ya que los libros no pueden ser leídos en los mundos espirituales. Durante un corto tiempo después de nuestra muerte, los libros pueden ser leídos en nuestra memoria, pero los seres de las Jerarquías más altas no pueden leer nuestros libros. Cuando se me pregunta si ellos no desean adquirir el arte de la lectura, me veo obligado a decir que, de acuerdo a mi experiencia, no muestran deseos de hacerlo por ahora, porque no consideran que la lectura de lo que se produce sobre la tierra les sea útil o necesaria. La lectura de los seres espirituales comienza cuando el hombre sobre la tierra lee lo que está escrito en los libros, y este contenido se convierte en sus pensamientos, los pensamientos vivos de los hombres. Los espíritus pueden entonces leer ese contenido en el pensamiento del hombre. Pero lo que se escribe o imprime es, digamos, oscuridad para los seres del mundo espiritual. Por eso, al confiar algo a la escritura o a la imprenta, uno siente que está comunicando algo a espaldas de los seres espirituales, algo que sin embargo está dirigido precisamente a ellos. Esto es un sentimiento genuino, mis queridos amigos, un sentimiento que, podría arriesgarme a decir, ni siquiera un ciudadano culto de la época actual podría compartir por completo, aunque cualquier ocultista verdadero debe tener esta sensación de disgusto al escribir o mandar algo a la imprenta.

Cuando penetramos en los mundos espirituales con visión clarividente, parece ser de especial importancia que, en el momento presente y en el futuro cercano, el conocimiento del mundo espiritual deba hacerse conocer cada vez más ampliamente, porque el cambio de la vida anímica del hombre, que es tan necesario ahora y llegará a serlo mucho más, depende en gran parte de la difusión de la Ciencia Espiritual. Si volvemos la mirada con visión espiritual sólo unos pocos siglos atrás, se puede ver que llegaremos a algo que debe sorprender mucho a cualquiera que ignore estas cosas. Hallamos que el intercambio entre los vivos y los muertos se hace cada vez más difícil, y que había un intercambio mucho más activo entre ellos, hasta hace un tiempo relativamente corto.

Cuando un cristiano de la Edad Media, o en realidad, un cristiano de hace pocos siglos, al rezar, dirigía sus pensamientos a los muertos que le eran queridos y cercanos, sus emociones y sentimientos eran entonces más capaces, que lo que podrían serlo ahora, de influir en el animo de los muertos. Era

mucho más fácil entonces que las almas de los muertos se sintieran penetradas por el tibio aliento del amor de aquellos que pensaban en ellos y los buscaban en sus plegarias, que lo que lo es ahora, si nos guiamos solamente por la cultura exterior de la época. En la actualidad, los muertos están mucho más aislados de los vivos que hasta hace poco tiempo. Es, en cierto sentido, mucho más difícil para ellos darse cuenta de lo que habita en las almas de los que han dejado atrás. Esto radica en la evolución de la humanidad, pero en esta evolución nuestra debe radicar también la recuperación de esta conexión, este intercambio vital entre los vivos y los muertos. En otros tiempos, era todavía normal que el alma humana estuviera en contacto con los muertos, aunque ya no con entera conciencia porque el hombre había dejado de ser clarividente por un largo tiempo. En épocas todavía más tempranas, el hombre podía buscar a sus muertos con visión clarividente y seguir su vida posterior, y así como entonces era normal tener intercambio vital con los muertos, así también ahora el alma, si obtiene pensamientos e ideas acerca de los mundos espirituales más elevados, podrá obtener el poder de establecer intercambio, un intercambio vital, con los muertos. Y entre las tareas prácticas de la Antroposofía estará la de construir gradualmente el puente entre los vivos y los muertos por medio de la Ciencia Espiritual. Para que podamos entendernos claramente, quiero, antes que todo, atraer vuestra atención hacia algunos puntos relacionados con este intercambio entre los vivos y los muertos. Comenzaré por un fenómeno muy simple que establece un vínculo para una investigación espiritual más amplia. Aquellos espíritus que acostumbran a examinar un poco las cosas, habrán observado el siguiente fenómeno en ellos mismos — y confío en que muchos también lo hayan hecho. Tomemos el caso de un hombre que haya odiado a alguien o que quizá sólo tenía conciencia de serle antipático. Ahora bien, cuando la persona que ha sido odiada o no ha gozado de aprecio muere, ocurre a menudo que el hombre que lo odiaba en vida no puede seguir odiándolo con la misma intensidad; no puede mantener su antipatía: Si el odio continúa más allá de la tumba, él experimenta una especie de vergüenza de que así sea. Esta sensación, experimentada por muchos, puede rastrearse en forma clarividente, y durante esta investigación uno se puede hacer la siguiente pregunta: “¿Por qué sentir vergüenza por el odio o la antipatía hacia el muerto, teniendo en cuenta que absolutamente nadie sabía que se abrigaban esos sentimientos?”. Cuando el investigador clarividente sigue, a través de las puertas de la muerte hasta los mundos espirituales, al que ha partido, y allí vuelve la vista hacia el hombre que quedó atrás, encuentra que, en general, aquél tenía una percepción muy clara del odio

del que vive; en realidad, si se me permite la expresión, él ve el odio, por así decirlo. El clarividente es capaz de establecer en forma muy precisa que el muerto percibe el odio, y podemos también averiguar que significado tiene ese odio hacia el muerto. El odio crea un obstáculo para sus buenas intenciones en su medio ambiente espiritual, comparable a los obstáculos que, en la tierra, podemos encontrar atravesados en el logro de nuestros propósitos. Es un hecho que, en el mundo espiritual, los muertos encuentran que el odio o la antipatía sentida hacia ellos es un obstáculo en el camino para llevar a cabo sus buenas intenciones. Podemos entender entonces por qué, en un espíritu que bucea un poco en sí mismo, el odio, aun ampliamente justificable, se extinguirá a causa de la vergüenza que produce, después de la muerte del ser odiado. Si un hombre no es clarividente, no conoce con certeza la razón, pero una sensación natural en su espíritu le dirá que está siendo observado. El siente: “El muerto se da cuenta de mi odio. Esta antipatía mía es un obstáculo en el camino de sus buenas intenciones”. Existen en el alma humana muchos sentimientos profundos que se aclaran cuando ascendemos a los mundos espirituales y enfrentamos los hechos espirituales que son la causa de estos sentimientos. Así como en la tierra no deseamos que nos observen desde afuera, físicamente, cuando hacemos ciertas cosas — y en realidad nos abstenemos de hacerlas si sabemos que nos observan — así también, no seguimos odiando a un hombre después de su muerte si tenemos la sensación de que nos observa. Pero el cariño, o aun la simpatía, que experimentamos por el muerto, hacen realmente más fácil su viaje; elimina los obstáculos a su paso. Lo que ahora estoy afirmando, es decir, que el odio crea obstáculos y que el amor los elimina, no supone interferencia alguna con el Karma, mayor que la de algunas cosas que ocurren en la tierra y que no debemos considerar que pertenecen directamente al Karma. Por ejemplo, si tropezamos con una piedra, no debemos atribuir eso siempre al Karma — de todos modos, a un Karma moral. En el mismo sentido, no está en contradicción con el Karma, el hecho de que los muertos experimenten alivio a causa del amor que fluye desde la tierra o que encuentren obstáculos que obstruyen el camino de sus buenas intenciones.

Otra cosa que interesará aun más poderosamente, en lo que se refiere al intercambio entre los vivos y los muertos, es el hecho de que los muertos necesitan, en cierto sentido, alimento, aunque no, naturalmente, el mismo alimento de los seres humanos en la tierra, sino un alimento psíquicamente espiritual. Así como en la tierra nosotros tenemos campos de cosecha, en los cuales maduran los frutos que sostienen nuestra vida física (puedo usar la

comparación porque corresponde a los hechos), así también los muertos deben tener sus campos de cosecha en los cuales puedan recoger los frutos que necesiten para el tiempo que media entre la muerte y un nuevo nacimiento. Cuando la visión clarividente acompaña a los muertos, puede ver que las almas humanas dormidas son los campos de cosecha de los muertos. Es, en verdad, no sólo sorprendente, sino perturbador en extremo para el hombre que por primera vez es capaz de ver en el mundo espiritual, darse cuenta de cómo las almas que viven en el período intermedio entre la muerte y un nuevo nacimiento, se precipitan hacia las almas dormidas en busca de los pensamientos e ideas que allí se puedan encontrar. De ellas obtienen la provisión de alimentos que necesitan. Cuando vamos a dormir por la noche, los pensamientos e ideas que han frecuentado nuestra mente en las horas de vigilia, vuelven a la vida — se convierten en seres vivientes, por así decirlo. Luego las almas de los muertos se acercan y participan de estas ideas, y al obrar así, se sienten alimentadas. ¡Oh! es una experiencia conmovedora en extremo el volver nuestra visión clarividente hacia los muertos que visitan de noche a sus amigos dormidos. (Esto se adapta en particular a la consanguinidad). Ellos desean bañarse allí y, por así decirlo, nutrirse de los pensamientos e ideas que los seres vivientes llevan consigo al sueño, pero no pueden hallar nada nutritivo. Es que hay una gran diferencia entre una idea y otra, en lo que se refiere a nuestra condición en el sueño. Si estamos ocupados todo el día con la parte materialista de la vida, dedicando nuestra mente sólo a lo que ocurre en el mundo físico y a lo que allí se puede hacer, y antes de irnos a dormir no dedicamos un solo pensamiento a los mundos espirituales — en realidad hacemos exactamente lo contrario en ciertos aspectos — no podemos ofrecer alimento alguno para los muertos. Conozco ciertos lugares de Europa donde los jóvenes están educados de tal manera, que van a dormir después de haber tratado de beber toda la cerveza que les es posible soportar. Eso significa que los pensamientos e ideas que se apoderan de ellos no pueden vivir en el mundo espiritual, y cuando los muertos se les aproximan, encuentran un campo árido; esto resulta tan duro para ellos, como lo es para nosotros cuando nuestras cosechas fracasan y llega el hambre. Especialmente en la actualidad, se puede observar que el hambre es muy grande en el mundo espiritual, ya que los sentimientos materialistas son los que prevalecen y hay una gran cantidad de personas que consideran infantil ocuparse del mundo espiritual. Ellos niegan así el alimento anímico necesario a aquellas almas que, después de la muerte, están obligadas a obtener de ellos su nutrición.

Para comprender correctamente este hecho, es necesario aclarar que,

después de la muerte, podemos alimentarnos de los pensamientos e ideas de aquellas almas que de algún modo estuvieron en contacto con nosotros durante nuestra vida. No podemos obtener alimentos de aquellos que no estuvieron en contacto con nosotros. Si hoy difundimos la ciencia espiritual de modo que podamos tener nuevamente un vivo contenido espiritual en el alma, entonces mis queridos amigos, no solo trabajamos para que los seres vivientes queden satisfechos, sino que tratamos de llenar nuestros corazones y nuestras almas con pensamientos acerca del mundo espiritual sabiendo que los muertos que estuvieron en relación con nosotros en la tierra, deben alimentarse con ellos. Hoy tenemos la sensación de que no sólo trabajamos para los que llamamos seres vivientes, sino también de que servimos al mundo espiritual al difundir la Ciencia Espiritual. Cuando nos dirigimos a los vivos explicando cómo debe ser este diario vivir, entonces, a causa de la satisfacción que estas almas experimentan, estamos creando ideas para su vida nocturna que pueden ser un alimento provechoso para aquellos cuyo Karma los condujo a la muerte antes que a nosotros. Por eso se siente la necesidad de hacer que la Antroposofía se conozca no sólo por los métodos externos ordinarios, sino que existe también un impulso interior para cultivarla en grupos, ya que es de gran importancia que las personas que estudian Antroposofía puedan asociarse. Como ya lo he dicho, los muertos pueden obtener alimento sólo de aquéllos con quienes tuvieron contacto en vida, y tratan de juntar a las almas entre sí para hacer aun más extensos los campos de cosecha de los muertos. Muchos hombres que no puedan encontrar campos de cosecha después de la muerte, porque toda su familia era materialista, podrán encontrar alguno entre las almas de los antropósofos con los que hubieran estado asociados. Este es el motivo más profundo por el cual debemos trabajar juntos y estar ansiosos de que cualquier miembro que muera pueda, antes de su muerte, relacionarse con antropósofos que, mientras estuvieron en la tierra, se ocuparon de cosas espirituales, para que puedan después, cuando estén dormidos, obtener alimento de ellos.

En los primeros tiempos de la evolución del hombre, cuando las almas de los hombres estaban todavía llenas de cierta vida religiosa y espiritual, las comunidades religiosas, y especialmente las personas consanguíneas, buscaban el intercambio con los muertos. Pero ahora, la consanguinidad ha perdido su poder y debe ser reemplazada cada vez más por el cultivo de una vida espiritual como la de nuestro movimiento. Por eso, vemos que la Antroposofía puede prometer la creación de un nuevo vínculo entre los vivos y los muertos, y así podemos ser de utilidad para éstos. Y cuando en la

actualidad, con visión clarividente, hallamos personas que viven entre la muerte y un nuevo nacimiento y que experimentan la desdichada suerte de descubrir que todos aquéllos que conocieron en la tierra, aún sus propios parientes, sólo tienen pensamientos materialistas, reconocemos la necesidad de infundir pensamientos espirituales en la cultura actual. Por ejemplo, hallamos en el mundo espiritual un hombre que conocimos en la tierra y que recién ha muerto dejando deudos que también conocemos, su esposa e hijos, todos los cuales son buenas personas en su fuero externo. Con visión clarividente vemos que este hombre no es capaz de encontrar a su mujer, que era el sol mismo de su existencia cuando volvía al hogar después de una ruda jornada de labor; y debido a que ella no tenía pensamientos espirituales en el corazón ni en la mente, él no puede ver dentro de su alma, y si está en estado de hacerlo, se pregunta: “Dónde está mi esposa?. ¿Qué se ha hecho de ella?”. Sólo puede volver la mirada a la época en que estaba con ella en la tierra; pero ahora, cuando ella es su mayor necesidad, no puede hallarla. Y esto puede ocurrir. Hay mucha gente en la actualidad que más o menos cree que los muertos, en lo que a nosotros concierne han llegado a un cierto estado de inanidad, y esta gente sólo puede pensar en ellos con pensamientos completamente materialistas, pensamientos sin provecho alguno. Cuando en la vida después de la muerte miramos hacia alguien en la tierra que nos apreciaba, pero que no cree en la supervivencia del alma después de la muerte, en ese momento, cuando toda nuestra atención está enfocada en el intento de lograr contacto con el ser querido, nuestra visión resulta como extinguida porque no podemos hallar al amigo que vive, ni entrar en contacto con él. Sin embargo, sabemos que podría hacerse muy fácilmente si tuviera pensamientos espirituales en su mente. Esa es una experiencia de los muertos que es frecuente y muy penosa. Con visión clarividente, muchos pueden darse cuenta de que hay almas que, después de la muerte, encuentran muchos obstáculos en el camino de sus intenciones a causa de los pensamientos de odio que los acompañan; y el alma no puede hallar alivio en los pensamientos cariñosos de los que dejó atrás porque no puede entrar en contacto con ellos a causa de su materialismo. Estas leyes del mundo espiritual, que pueden ser apreciadas con visión clarividente, tienen validez real y verdadera, como se puede ver en los casos que ha sido posible observar. Es interesante observar cómo trabajan los pensamientos de odio, y aún de mera antipatía, aunque no estén formados con plena conciencia. Hay maestros de escuela que, en general, fueron tenidos por severos y fueron incapaces de atraerse el cariño de sus jóvenes alumnos, pero cuyos pensamientos de odio y antipatía son inocentes, por así decirlo. Cuando

un maestro así muere, uno ve cómo también aquí los pensamientos que lo acompañan son para él, por así decirlo, obstáculos en el mundo espiritual. El niño o el joven no piensa que, cuando el maestro muere, no debe seguir odiándolo, pero, naturalmente, sigue haciéndolo así al recordar cómo fue atormentado por él. Con estas ojeadas podemos aprender mucho de lo que se refiere a la relación entre los vivos y los muertos, y lo que he estado tratando de exponer hoy ante vosotros tiene el propósito de sugerir algo factible de desarrollo y de buen resultado para nuestros esfuerzos antroposóficos. Me refiero a lo que se conoce como "Leer para los muertos". Se ha probado en nuestro movimiento que rendimos un servicio inmenso a aquellas almas que han muerto antes que nosotros al leerles acerca de cosas espirituales. El modo de hacer esto es dirigir los pensamientos hacia ellos, imaginarlos parados o sentados delante de uno, para que resulte más simple. De esta manera se puede leer a varios al mismo tiempo. No hace falta leer en voz alta sino seguir atentamente los pensamientos escritos, teniendo siempre presente al muerto en la mente, y pensando: "Está parado delante de mí, le estoy leyendo". Ni siquiera es necesario leerles de un libro, pero no se debe pensar cosas abstractas sino pensar cada cosa en forma clara; ése es el modo de leerles a los muertos. Esto puede ser llevado tan lejos, aunque sea más difícil de hacer, que uno puede leer aún a alguien con quien sólo se hubiera estado en relaciones lejanas. Ello es posible, si se han tenido pensamientos comunes, por ejemplo, una creencia en la misma concepción del cosmos, o si se han tenido relaciones personales a causa de ideas semejantes acerca de ciertos dominios de la vida. Puede serle de gran ayuda la lectura después de la muerte. Se ha hecho esto en todas épocas.

Se me ha preguntado: "¿Cuál es el mejor momento para hacer esto?". Eso no depende del momento. Lo que importa es que se piense en forma profunda y no superficialmente. El tema debe salir palabra por palabra, como si se hablara desde adentro de uno mismo. Si se obra de esta manera, el muerto lee junto con nosotros. Este tipo de lectura es útil no sólo a los antropósofos ¡muy lejos de eso!. Hace poco tiempo uno de nuestros amigos, y también su mujer, se sentían inquietos todas las noches. Experimentaban un desasosiego; y como hacía poco tiempo que el padre del hombre había muerto, él llegó a la conclusión de que el alma de su padre estaba presente necesitando algo de su hijo. Nuestro amigo vino a consultarme y resultó que su padre, que en vida nunca quiso oír una sola palabra de Ciencia Espiritual, experimentaba ahora una gran necesidad de saber algo de ella. El hijo y su mujer le leyeron entonces el Curso sobre el Evangelio de San Juan que di una vez en Cassel.

Esta alma se sintió muy ayudada y elevada por encima de muchas desarmonías que había estado experimentando después de su muerte. Este caso es muy notable porque el muerto había sido un predicador que constantemente se dirigía al público desde su propio punto de vista religioso; sin embargo, después de su muerte, sólo quedó satisfecho al tener una lectura del Evangelio de San Juan dilucidada antroposóficamente. Vemos, entonces, que no es absolutamente necesario que el muerto a quien deseamos ayudar haya sido antropósofo en vida; sin embargo, es natural, ayudamos más especialmente a estos últimos al leerles.

Cuando vemos hechos como éste, mis queridos amigos, adquirimos ideas distintas acerca del alma del hombre. El alma humana es, en verdad, mucho más complicada de lo que generalmente se supone. En realidad, sólo tenemos conciencia de una pequeña parte de nuestra vida anímica. Ocurren muchas cosas en las profundidades subconscientes del alma que el hombre conoce poco. A menudo, es lo justamente opuesto a lo que cree y piensa en su conciencia normal. Puede ocurrir a menudo que un miembro de una familia sea atraído por la Antroposofía, mientras que su hermano, su mujer, o alguien en relación estrecha con él, no están de acuerdo con esa actitud y se enfurezcan con él por haberlo hecho. Existe a menudo una creciente antipatía hacia la Antroposofía en una familia de esa clase, de modo que la vida se hace realmente difícil a causa de la actitud de estos buenos amigos y de sus queridos parientes. Ahora bien, si se investigan esas almas en forma clarividente, ocurre a menudo que en las profundidades de su subconsciente se desarrolla un profundo anhelo por la Antroposofía. A menudo, el pariente que interpone las objeciones más violentas tiene, en realidad, un anhelo subconsciente por la Antroposofía más intenso que el que tiene el miembro que acude a todas sus reuniones. Pero la muerte levanta el velo del subconsciente y pone todas estas cosas en su justo nivel. Ocurre a menudo que una persona pueda no advertir claramente las cosas que yacen en su subconsciente, donde quizá exista un fuerte anhelo por la Ciencia Espiritual. Y al enfurecerse contra ella, amortiguará el anhelo del cual no tenía conciencia, pero después de la muerte, el anhelo resurgirá mucho más vigoroso. Por ello, no debemos dejar de leer para aquellas almas que en vida lucharon contra la Antroposofía, porque, en verdad, ocurre a menudo que podemos ayudarlas más que a cualquier otra.

La pregunta que se hace frecuentemente en relación a esto es: “¿Cómo podemos saber que los muertos nos escuchan realmente?”. Bien, es difícil saber esto a menos que se tenga visión clarividente, pero si pensamos

regularmente en los muertos y trabajamos para ellos, llegaremos a sentir súbitamente: “Ellos están escuchando”. Esta sensación falta solamente cuando somos desatentos y no nos damos cuenta de la peculiar sensación de tibieza que a menudo se presenta cuando leemos de esta manera. Podemos conseguir realmente esta sensación, pero si fracasamos en ello, mis queridos amigos, existe una ley que hay que aplicar a menudo en nuestra relación con el mundo espiritual. Es la siguiente: Si leemos para los muertos, y nos escuchan, los ayudamos con toda seguridad. Pero, aunque no nos escuchen, estamos cumpliendo nuestro deber, y quizá, con el tiempo, logremos hacernos escuchar. De cualquier manera, verdaderamente obramos bien, porque nos estamos colmando de pensamientos e ideas que servirán seguramente como alimento para los muertos en la forma que mencionamos en primer lugar. De modo que nada se pierde, y la práctica de esta costumbre ha probado que el anhelo de los muertos por aquello que se les lee, está realmente difundido, y que podemos rendir un inmenso servicio a aquéllos a quienes leemos la sabiduría espiritual que ahora ha sido traída a la luz.

Por eso, podemos esperar que la división que separa a los muertos de los vivos se haga cada ver más delgada a medida que la Ciencia Espiritual sea más ampliamente conocida por el mundo. Será en verdad un hermoso resultado del trabajo de la Antroposofía, aunque parezca paradójico, si los hombres aprenden con el tiempo, por la experiencia práctica y no solo teóricamente, que sólo adquirimos una experiencia diferente cuando pasamos por la así llamada muerte y nos encontramos en compañía de los muertos. Podemos también ayudarlos a compartir aquello que forma parte de nuestra vida física. Al preguntar: “¿Para que sirve el leer a los muertos?. ¿Acaso no pueden ver ellos mismos todo lo que les leemos y conocerlo mucho mejor que nosotros?”, nos hacemos una idea completamente equivocada de la vida que media entre la muerte y un nuevo nacimiento. Esta pregunta sólo puede ser hecha por alguien que no esté en condiciones de juzgar aquello que pueda experimentarse en el mundo espiritual. Como es sabido, un hombre puede estar en el mundo físico sin tomar conocimiento del mismo, pues si no es capaz de juzgar esto o aquello, no puede tomar conocimiento del mundo físico. Los animales viven con nosotros en el mundo físico, sin embargo, no lo conocen tan bien como nosotros. El hecho de que los muertos vivan en el mundo espiritual no les da necesariamente el conocimiento del mismo, aunque puedan verlo. El conocimiento que se obtiene por medio de la Ciencia Espiritual, sólo puede ser adquirido en la tierra; no se lo puede obtener en el mundo espiritual. Por eso, si los seres del mundo espiritual están también

destinados a poseerlo, sólo lo podrán obtener de los seres que todavía están en la tierra. Este es un importante secreto de los mundos espirituales. Podemos vivir en ellos y ser capaces de darnos cuenta de su existencia, pero, el conocimiento necesario de las cosas de estos mundos se puede obtener solamente en la tierra. Debo hacer aquí mención de algo que tiene que ver con los mundos espirituales y que ampliaré en mi conferencia de mañana — y de lo cual, la mayor parte de la gente no tiene una idea correcta. Mientras el hombre vive en el mundo espiritual entre la muerte y un nuevo nacimiento, tiene el mismo anhelo por el mundo espiritual que el que tenemos nosotros aquí. Espera de nosotros, que estamos en la tierra, que le mostremos cosas relacionadas con ella y hagamos que se destaquen, para que él pueda verlas y darle así el conocimiento que sólo se puede obtener en la tierra. No sin motivo, la tierra está fundada en la existencia cósmica espiritual; se la ha traído a la vida, de modo que sólo aquello que se lleva a cabo en latiera puede entrar en existencia. El conocimiento de los mundos espirituales que trasciende la visión y la percepción de estos mismos mundos, sólo puede obtenerse en la tierra. He aclarado ya que los seres espirituales de los mundos espirituales no son capaces de leer nuestros libros, y debo ahora agregar que lo que habita en nosotros como Antroposofía, es para los seres espirituales, y también para nuestras almas después de la muerte, lo que los libros son para los seres físicos en la tierra — el medio de adquirir el conocimiento del mundo. Pero estos libros que nosotros mismos somos para los muertos, son libros vivientes.

Hay que darse cuenta, mis queridos amigos, de este hecho significativos: ¡nosotros proporcionamos literatura para los muertos!. En ciertos aspectos nuestros libros son más perseverantes; por ejemplo, no permiten que sus letras se desvanezcan en el papel mientras las leemos. Nosotros, los seres humanos, quitamos a menudo a los muertos la oportunidad de leer al llenar nuestro espíritu de pensamientos materialistas que son realmente invisibles en el mundo espiritual. Como se me pregunta a menudo si los muertos pueden conocer lo que somos capaces de brindarles, debo decir que no son capaces de hacerlo; la Antroposofía puede existir solamente en la tierra, y de aquí debe ser elevada hasta los mundos espirituales.

Cuando observamos estos mundos y tenemos de ellos una pequeña experiencia personal, nos enfrentamos con condiciones bastante diferentes de las que prevalecen aquí, en la tierra. Es muy difícil por eso expresarlas con palabras y pensamientos humanos. A menudo, cuando uno trata de hablar concretamente acerca de los mundos espirituales, todo ello suena paradójico.

Quizás pueda aquí hablaros incidentalmente de un ser, el alma de un muerto, con el cual, como sabía mucho, he podido realizar investigaciones en el mundo espiritual. Estas investigaciones se refieren al gran pintor Leonardo da Vinci y, en especial, a su conocida obra, la "Ultima cena", que está en Milán. Cuando uno investiga un hecho espiritual con la cooperación de un alma como ésta, ella puede indicar más de un hecho que uno no podría discernir simplemente en los Anales Akáshicos con visión clarividente. El alma humana en: el mundo espiritual puede indicar estos hechos, pero sólo puede hacerlo a un investigador que sea capaz de comprender las cosas que ella pretende señalar. Supongamos que, junto con un alma tal, uno investiga de qué manera Leonardo pintó la mundialmente famosa "Ultima cena". Lo que hoy queda de esta pintura es apenas algo más que unas pocas manchas de color, pero, en los Anales Akáshicos, uno puede observar a Leonardo en su trabajo y darse cuenta, aunque no es nada fácil, de cómo era la pintura entonces. Si uno puede hacer una investigación de este tipo, acompañado de un alma no encarnada pero que está en contacto con Leonardo da Vinci, y estudia sus pinturas, se puede ver que esta alma señala esto y aquello. Por ejemplo, uno puede darse cuenta de las verdaderas caras de Cristo y Judas en el cuadro. Sin embargo, uno toma conciencia de que el alma no puede hacer esto a menos que, en el momento de la experiencia, exista la necesaria compresión de parte del investigador que está vivo. Esta es una condición ***sine qua non.*** El alma descarnada, durante el tiempo en que el alma viviente aprende voluntariamente, aprende sólo a comprender lo que hasta ahora pudo ver. Así, el alma con la cual uno ha tenido esa experiencia — que se puede realizar solamente de la manera que indicamos antes — se dirige a uno y le dice, hablando en forma simbólica, naturalmente: "Me has traído este cuadro porque tú mismo sentías la necesidad de estudiarlo; yo, por mi parte, sentía el impulso de mirarlo contigo". Después de esto siguen varias experiencias, pero llega un momento en que el alma, o bien se desvanece, o dice: "Ahora debo irme". En el caso al cual me estoy refiriendo, el alma del muerto dijo: "Hasta ahora, el alma de Leonardo da Vinci permitía gustosa que se observara la pintura, pero no desea, que ahora la investigación siga más adelante".

Al exponer esto, os estoy dando un detalle muy importante de la vida del Espíritu. Así como en la vida física siempre sabemos lo que vemos y siempre sabemos que estamos viendo esto o aquello — como vemos, aquí estas rosas sobre la mesa — así también en la vida espiritual sabemos siempre cuándo un ser espiritual nos está mirando. Cuando pasamos a través del mundo espiritual, sentimos siempre que éste o aquel ser nos están mirando. En

el mundo físico, tenemos conciencia de observar las cosas alrededor de nosotros cuando lo atravesamos, pero, en el mundo espiritual, sentimos que éste o aquel ser nos están mirando. Constantemente, nos damos cuenta de que somos observados, tasados, y esto nos conduce a tomar la decisión de hacer una cosa u otra sabiendo que seremos aprobados, o que sucederá lo contrario; y si hay algo que debamos o no hacer, de acuerdo con esto, lo haremos o no. Así como cortamos una flor porque nos atrae al verla, así, en el mundo espiritual, realizamos una acción porque le agrada a algún ser, y nos cuidamos de hacerla porque no podemos soportar la mirada que recibiría. Debemos acostumbrarnos a este estado de cosas. Allí tenemos la sensación de ser vistos, como aquí tenemos la sensación de que vemos. En cierto sentido, lo que aquí es activo, allí es pasivo; y lo que es pasivo aquí, es activo allí. Por esto, podéis ver, mis queridos amigos, que debemos adquirir conceptos absolutamente diferentes si queremos comprender correctamente las descripciones referentes al mundo espiritual. Veréis que difícil es acuñar, con el lenguaje humano ordinario, las descripciones del mundo espiritual que a uno le gustaría brindar. Comprenderéis que, por muchas razones, hay que crear primero la necesaria comprensión.

Existe algo más que quisiera que fuese motivo de vuestra atención. Se puede preguntar por qué la literatura antroposófica, en su totalidad, describe en forma bastante libre lo que ocurre en el mundo espiritual inmediatamente después de la muerte, lo que ocurre en el kamaloca, y luego, en el país del Espíritu, pero dice muy poco de las observaciones clarividentes de los detalles particulares. Se podría suponer con mucha probabilidad que es bastante más fácil observar un alma en particular, después de la muerte, que analizar las experiencias descriptas en forma general; pero éste no es el caso. Usaré un ejemplo para probarlo. Con la visión clarividente correctamente desarrollada, es más fácil percibir los acontecimientos mayores, tales como el pasaje del alma humana a través de la muerte, hacia el Kamaloca, y su ascensión posterior, que ver las experiencias particulares de un alma dada. Así también, en el mundo físico, es más fácil reconocer lo que está sujeto regularmente a las influencias de los movimientos celestes más grandes, que reconocer lo que, en cierto sentido, sufre la influencia espasmódica de estos movimientos. Todos podemos contar con el hecho de que el sol saldrá mañana por la mañana, y se pondrá por la noche. Pero no es fácil hacer el pronóstico del tiempo. Lo mismo ocurre con la clarividencia. Los informes que damos generalmente en nuestras descripciones de los mundos espirituales pueden ser comparados con el conocimiento que tenemos del curso general de los cuerpos

celestes. Podemos contar siempre con que estas cosas se cumplirán tal como se las ha descrito. Pero, los hechos particulares de la vida que media entre la muerte y un nuevo nacimiento, son como las condiciones del tiempo en la tierra. Están, naturalmente, sujetas a leyes, pero son más difíciles de reconocer; aún en la tierra, difícilmente se puede decir, estando en un lugar, cómo será el tiempo en otro lugar. No es fácil conocer aquí en Bergen, cómo será el tiempo en Berlín, aunque estemos enterados de las posiciones relativas que tienen allí el sol y la luna. Seguir el curso de una vida individual después de la muerte, es más difícil y requiere un cultivo especial del don de la clarividencia, que seguir el curso general del alma humana. Si se practica correctamente, se obtiene primero el conocimiento de las condiciones generales, y el resto, que parece ser más fácil, llega mucho más tarde — después de estudiar mucho. Un hombre pudo haber sido capaz, durante mucho tiempo, de ver bastante claramente todo, lo que se refiere al Kamaloca y el Devachan, y resultarle, sin embargo, extremadamente difícil ver la hora que marca un reloj escondido en nuestro bolsillo. Las cosas del mundo físico son las más difíciles de todas para la práctica clarividente. Ocurre exactamente lo contrario en la adquisición del conocimiento de los mundos más altos. El hombre se equivoca en eso, porque existe todavía una clarividencia natural que es vaga, y está sujeta a muchos errores. Esto puede durar mucho tiempo, y no dar a la visión clarividente la perspectiva de las condiciones generales descritas por la Antroposofía, condiciones a las cuales, el clarividente práctico, llega más fácilmente. Estos son los temas del mundo espiritual acerca de los cuales fue mi deseo hablaros hoy. Mañana continuaremos estas observaciones y ahondaremos un poco más en ellas.

SEGUNDA CONFERENCIA

Esta conferencia se refiere especialmente a investigaciones relacionadas con las vidas anteriores en la tierra

Cuando la gente se interesa por las diferentes ramas del conocimiento antroposófico, se justifica que deseen mayor información acerca de muchos puntos. Ocupemos, entonces, parte de nuestro tiempo del día en hacernos la clase de preguntas que podrían surgir de este modo. Al responder a tales preguntas, uno se ve, a menudo, obligado a calar más profundo en la conexión de los hechos cósmicos en cuanto el mundo espiritual afecta a estos hechos, y en especial, en la conexión entre estos hechos y la naturaleza del hombre. Cuando una persona nota gradualmente la importancia y el gran significado de lo que llamamos reencarnación, surge una pregunta en su espíritu: "¿Cómo es que hoy día, en su vida ordinaria, el hombre no tiene recuerdos de sus anteriores vidas terrenales?". La conciencia clarividente puede, en realidad, extender la memoria a un grado tal, que los recuerdos de antiguas vidas terrenales suben a la superficie; pero, en la vida ordinaria de la humanidad de hoy, esto no ocurre. Si la pregunta se hace desde el punto de vista de la investigación clarividente, toma la forma siguiente. Uno se da cuenta entonces que la fuerza necesaria para la investigación clarividente, surge de lo más recóndito del hombre, del fondo mismo de su alma. Se debe evolucionar desde el punto de vista ordinario, hasta el punto de vista de la clarividencia.

Las fuerzas que nos permiten mirar atrás, hacía nuestras antiguas vidas terrenales, deben existir naturalmente en todo ser humano. La pregunta, entonces, es: "¿Qué ocurre con estas fuerzas?. ¿Qué hace la naturaleza humana con estas fuerzas que están presentes en el hombre, que han nacido con él, pero que él no puede llevar a una condición tal que lo puedan ayudar en el recuerdo retrospectivo de su anterior vida terrenal?". Si investigamos este asunto en forma clarividente, nos vemos obligados a buscar estas fuerzas en la más temprana infancia. Solamente allí encontraremos en acción esas fuerzas que puedan ser usadas en la clarividencia para la visión retrospectiva de vidas anteriores. En el hombre actual, estas fuerzas se usan para construir la laringe humana y todo lo que pertenece a ella, y especialmente, todo lo que permite que ese órgano sea usado luego para hablar. Estas fuerzas, que le permiten mirar atrás, hacia sus anteriores vidas terrenales, existen en todos los

hombres. Pero, actualmente, se las usa en gran escala para construir el órgano humano de la palabra, de modo que, en circunstancias normales, el hombre no puede tener en su vida posterior recuerdos del pasado. Hubo antiguos tiempos en los que el hombre tuvo estar memoria retrospectiva, y esto ocurría en casi todo el mundo. Y esto era así, porque esas fuerzas no se usaban totalmente para construir la laringe; algunas quedaban en reserva. El desarrollo de la humanidad fue tal, sin embargo, que la palabra asumió gradualmente una forma que, en nuestro ciclo presente, depende más que antes de las fuerzas del cuerpo etérico. Por eso ahora, el hombre no puede darse cuenta de estas fuerzas que quedan detrás porque la mayor parte se usó para construir la laringe. Si pudiera hacerlo, como debe hacerlo el clarividente, sería capaz de mirar atrás, hacia sus antiguas vidas terrenales. Esta es la razón del hecho que indiqué en la conferencia pública: si un hombre llega tan lejos como para desarrollar esa actividad del cuerpo etérico que, de otra manera, sólo se desarrolla en favor del órgano de la palabra, y la libera de la laringe; si es gradualmente capaz de escucharse interiormente sin hablar y de desarrollar esta sensación cada vez más, entonces, el ejercicio de esa fuerza puede reproducir realmente el recuerdo de vidas pasadas. El hombre moderno no presta atención a las fuerzas suplementarias de su órgano vocal que pueden ser usadas para la retrospección de las anteriores vidas terrenales. Este es uno de aquellos casos en los cuales, por medio de la investigación clarividente, uno puede indicar el lugar ocupado en la vida normal por aquellas fuerzas que, usadas de otro modo, permiten que el hombre tenga acceso a la vida espiritual.

Esto se aplica también a las fuerzas que el hombre usa hoy para crear la llamada substancia gris del cerebro, que constituye en gran parte el órgano del pensamiento. Naturalmente, el pensar no se cumple realmente con el cerebro, pero necesitamos el cerebro como instrumento del pensamiento. Y esas fuerzas del pensamiento que, si estuvieran totalmente a su disposición, capacitarían al hombre para asir con facilidad lo que puede hallarse en mi ***Ciencia Oculta,*** el hombre normal las usa para la fabricación de la substancia gris de su cerebro. En el hombre de la antigua Grecia de los siglos quinto o sexto, está substancia gris no estaba tan bien organizada como en el hombre medio de la actualidad. En lo que respecta a esto, la naturaleza del hombre se altera mucho más rápidamente que lo que se supone. Así, para los griegos de los tiempos prehistóricos, los griegos de los siglos X, XI y XII a. c., era muy natural que, en cierta época de la vida, todo aquello que ahora se revela por medio de la Ciencia Espiritual, se les presentara en forma clarividente. Debemos, por eso, usar esas fuerzas que todavía nos quedan después de

fabricar la substancia gris, para intentar adquirir, del modo indicado, una idea clara de lo que se describe en la ***Ciencia Oculta.*** ¿Cuál es la razón de que estas cosas se describan de tal manera en ese libro?. Las descripciones que allí se dan, no son demasiado difíciles de entender para el hombre actual; casi se podría decir que es sorprendente que mucha gente no haya aprendido esas cosas por propia voluntad. Uno dudaría de que estas descripciones encuentren mucha oposición, porque realmente, no es difícil, relativamente hablando, llegar al grado de clarividencia necesario para observarlas. Todo lo que hay que hacer es lo siguiente. Aunque las palabras del ***Fausto*** bien se pueden aplicar aquí: "Es fácil, en verdad; ¡pero, lo que parece fácil es difícil, sin embargo!". El desarrollo del cerebro se lleva a cabo en forma más activa durante los primeros años de la vida humana. En forma clarividente, se puede ver a los cuerpos etérico y astral trabajando activamente para construir y formar el cerebro. Este trabajo dura un tiempo relativamente largo. No es excesivo afirmar que, aunque este trabajo se haga en forma más lenta en los años posteriores, el hombre, sin embargo, se hace cada vez más inteligente a través de la experiencia de la vida, y el trabajo continúa siempre en la substancia de su cerebro. Lo que sigue, sin embargo, no ha sido observado, ni puede serlo.

Si a cierta edad, el hombre decide suspender por un tiempo una ocupación mental que le es querida (esto se aplica a las cosas externas, porque por medio de ellas se plasma la substancia gris del cerebro; pero, naturalmente, la Antroposofía se puede estudiar siempre, mientras no se la estudie como cualquier otra ciencia) — si un hombre decide dejar de estudiar algo que ha sido su preocupación favorita para muchos años y se obliga a abandonarla en forma estricta, y si entonces, en una meditación tranquila, trata de hacer surgir las fuerzas que ha economizado de este modo — fuerzas que podrían usarse en la actividad continua pero que pueden usarse ahora de otra manera — entonces, le será relativamente fácil obtener, por lo menos, el alto grado de autoconocimiento de las cosas que se describen en mi ***Ciencia Oculta.*** La razón de que tan poca gente obre de esta manera, estriba en el hecho de que la posibilidad insinuada más arriba se lleva a cabo raras veces. El hombre que realmente tenga una ocupación a la cual se haya dedicado fervientemente, tendrá difícilmente el poder de negarse a sí mismo en forma deliberada para abandonarla durante siete años enteros. Se ve entonces que, parte de las cosas que ahora se divulgan, se pueden obtener con relativa facilidad.

Si se observa nuestra civilización moderna, y toda su sorprendente

actividad exterior, no hace falta preguntarse si una gran cantidad de las fuerzas que pertenecen al cuerpo eterico tuvo que ser usada para el trabajo del cerebro del hombre. En realidad, casi toda la cultura exterior es el resultado del trabajo del cerebro humano. Todas las fuerzas se usan para hacer trabajar al cerebro. Muchos pueden decir: "Bien, pero yo no he tomado parte en este trabajo; no tengo nada que ver con él". Un hombre puede engañarse realmente respecto a esto, ya que ése no es el caso. Apenas sería posible encontrar un lugar de la tierra, por muy aislado que esté, donde la civilización exterior no haya penetrado tanto como para no obligar al hombre a tomar parte en ella con sus propios pensamientos. Y esto será suficiente para distraer nuestras fuerzas de lo que podemos llamar la adquisición de una conciencia clarividente. Naturalmente, alguien podría objetar: "Bien, pero los salvajes no participan de este trabajo de la mente, y sin embargo, no se puede decir que los salvajes hayan desarrollado en esta dirección, fuerzas clarividentes especiales". Esto resulta de la vigencia de una ley espiritual muy especial que prescribe que lo que se obtenga en forma clarividente, debió haber sido preparado de un modo particular. El salvaje quizá pueda desarrollar fuerzas clarividentes completamente diferentes, pero las fuerzas que hacen falta para observar lo que se describe en mi ***Ciencia Oculta,*** no pueden ser desarrolladas por él porque no está preparado para ello, ya que estas fuerzas deben ser la transmutación de otras fuerzas.

Alguien podría observar: "Bien, pero mucha gente nunca tuvo lo que usted llama una ocupación favorita. ¿Por qué, entonces, no han llegado a ser clarividentes?". La razón estriba en que el desarrollo de las fuerzas clarividentes no surge de la nada, sino de la transmutación de lo que ya existe. Uno debe haber ya desarrollado sus propias fuerzas en cierta dirección, y haber adquirido una tendencia hacia la inteligencia especial que pertenece a nuestra civilización moderna. Si entonces, uno renuncia al uso de éstas fuerzas por un tiempo, ellas resultan, en cierto sentido, transmutadas; y de ese modo, uno está capacitado para seguir en forma clarividente, los hechos descriptos en la ***Ciencia Oculta.*** Al obrar así, se usan las mismas fuerzas que en el desarrollo normal del hombre lo capacitan para usar las fuerzas más elevadas del cerebro. Por otra parte, la transmutación de otras fuerzas y facultades humanas conduce, no a los grandes puntos de vista universales descriptos en la ***Ciencia Oculta,*** sino más bien, a diferentes circunstancias peculiares. Por ejemplo, se puede adquirir el poder de mirar atrás, hacia antiguas vidas terrenales, reteniendo en esa dirección ciertas fuerzas que, de otro modo, se usarían para formar los órganos de la palabra. Ciertas fuerzas, que, por lo

general, no se observan, tienden a impedir, con más fuerza que las demás, que el hombre progrese en la penetración de los mundos espirituales.

He mencionado dos clases de fuerzas que permiten al hombre, la visión de los mundos espirituales: una, aquéllas que hoy se usan para formar la substancia gris del cerebro y que permiten al hombre la visión de los mundos espirituales; la otra, aquéllas que están conectadas con la formación de la palabra y que permiten que el hombre mire atrás, hacia sus anteriores vidas terrenales. Pero, además de éstas, existen otras más apropiadas para capacitar al hombre en la visión de lo que el alma humana individual hace allí; esto se describe, en general, en la ***Ciencia Oculta,*** pero, es bastante diferente de la visión real del mundo espiritual. Esta visión necesita otras fuerzas, fuerzas que se observan difícilmente durante la vida. Existe una cosa en la vida para la cual el hombre hace uso de muchas fuerzas; es para adquirir, en la temprana infancia, el poder de estar de pie, en lugar de andar toda su vida sobre pies y manos. Las fuerzas que permiten que el hombre tome la posición vertical son de tal naturaleza que, el que haya penetrado en el mundo espiritual, siente hacia ellas un respeto especial. Contemplar cómo el niño aprende a caminar, es un misterio maravilloso, visto por el que se ocupa de la investigación espiritual. De las fuerzas que se usan en la infancia para aprender a estar de pie, quedan aquéllas que nos permiten mirar en el mundo que media entre la muerte y un nuevo nacimiento, pero estas fuerzas son muy poco observadas. Si podemos avanzar tan lejos como para recordar la manera y los esfuerzos que hicimos para aprender a caminar, podremos descubrir en nosotros mismos las fuerzas que guardamos en nuestro cuerpo etérico, ya que ese cuerpo tuvo que esforzarse especialmente por sí mismo. (Existen otros métodos para descubrir estas fuerzas, éste es sólo un camino). Si podemos descubrir en nosotros mismos las fuerzas que ahorramos entonces — que todavía existen en todos nosotros — podemos traer a la superficie gran parte de lo que nos permite volver hacia la vida transcurrida entre nuestra última muerte y nuestro último nacimiento. Alguien puede preguntar: ¿Cómo se hace esto?. Si tenemos la suerte de poder llevar adelante nuestro Movimiento Antroposófico, habremos establecido el punto de partida para poner de manifiesto estas fuerzas. Si todo va bien, estas fuerzas, por lo común, comienzan a actuar después de un período de siete años. Ahora ha tenido lugar un comienzo, y esto hará su trabajo en la naturaleza del hombre; pero, por regla general, estas fuerzas pasan inadvertidas.

En general, podemos suscitar el descubrimiento de estas fuerzas en nosotros mismos, practicando cierta clase de danza natural. Hace menos de un

año, en ciertos círculos, se comenzó a estudiar los movimientos del cuerpo etérico de acuerdo con ciertas reglas básicas; a este arte, lo llamamos Euritmia. Esto no lleva simplemente a nada en particular, como el baile común, sino que los movimientos que se practican están completamente de acuerdo con los movimientos del cuerpo etérico. Al practicar estos movimientos, nos damos cuenta paulatinamente de las fuerzas que todavía quedan en ese cuerpo y que salen a la luz con los movimientos de la danza libre. Por este camino, se crean poco a poco los medios que nos permiten percibir las fuerzas ocultas en el hombre, fuerzas que despiertan en éste una visión interior de los mundos espirituales en los que vivió entre su última muerte y su nacimiento. De esa manera, la Antroposofía puede realmente trabajar en forma práctica sobre la cultura humana. Podéis estar seguros de que no se reducirá simplemente a enseñar unas pocas verdades abstractas; la Antroposofía tendrá una influencia tal sobre la humanidad, que ella aprenderá que las fuerzas hoy adormecidas pueden despertarse, y que el hombre puede realmente elevarse hasta la realización de la vida espiritual. Estas son cosas curiosas, pero deben decirse, porque son verdaderas.

Cuando el hombre descubra las fuerzas que quedaron de su aprendizaje del caminar, estas fuerzas le permitirán llegar a ser clarividente y a mirar en los mundos que habitamos entre la muerte y un nuevo nacimiento. Esto puede hacerse también con la meditación; pero, como quiera que sea, la meditación debe ir tan lejos como para llegar a resumirse en emoción; y la emoción es lo más difícil de adquirir por medio de la meditación.

Hay que hallar esas fuerzas, fuerzas que permitan al hombre mirar en el mundo que está entre la muerte y un nuevo nacimiento, fuerzas por medio de las cuales pueda contemplar lo que ocurría mucho tiempo antes de nacer. En este campo, hay una gran cantidad de cosas que capacitan al hombre para comprender la vida como no lo hizo antes.

Por ejemplo, supongamos que nos enfrentamos con la desgracia; al principio, tendremos sólo la sensación de que es, realmente, una desgracia, una desgracia, que hallamos difícil de soportar. Pero si conocemos el por qué, pues arreglamos las cosas de ese modo hace unas décadas o aún varios siglos antes de nuestro nacimiento, entonces, la hallaremos más fácil de soportar. Sabemos que era una prueba, un medio de hacernos más perfectos. Se experimentan también otras cosas, cuando podemos volver la vista hacia esa parte de los mundos espirituales en la cual soportamos la preparación de nuestro presente. No voy a describir ahora las condiciones generales que existen allí; las encontraréis en mis libros. Pero me gustaría mostrar, con

pocos ejemplos, cómo la vida anterior al nacimiento tiene influencia sobre la vida subsiguiente.

Aunque parezca extraño, cuando hemos pasado la mitad de nuestra vida prenatal — que dura generalmente algunos cientos de años — la experiencia interior del alma está centrada principalmente sobre la tierra; y cuando volvemos a esa época, la impresión que obtenemos está llena de las cosas que ocurrían abajo, en la tierra, y de aquello que los seres humanos de la tierra pensaban y sentían. Cada alma recibe impresiones propias de sí misma. Por ejemplo, al prepararse para una vida futura, un alma puede estar viviendo de nuevo en la segunda mitad de su vida espiritual, cuando el nuevo nacimiento está cercano, y verse a sí mismo, al ser espiritualmente activo, mirando cada vez más hacia aquellos que están abajo. Algunos de éstos pueden parecer admirables para el alma que está arriba; y en realidad, puede ocurrir que el alma que esta arriba fije su atención particularmente sobre una o dos figuras activas de la tierra que está abajo.

Supongamos que un hombre ha nacido en la segunda mitad del siglo diecinueve y, por consiguiente, estuvo en los mundos espirituales durante el comienzo de ese siglo y el final del precedente. Desde allí miró hacia las personas importantes que tuvieron influencia en nuestra civilización durante esa época. Entre ellos, hubo varios que admiró especialmente y le fueron queridos; una de nuestras experiencias es ésta: mirar hacia las personas que se desenvuelven aquí. Al obrar así, tenemos influencia real sobre ellos, pero no de un modo, que interfiera realmente en su libertad, sino más bien, de manera tal que la sensación de ser observados por alguien del mundo espiritual surge en sus almas. De este modo, los seres humanos de la tierra son estimulados a ser activos y creadores por las almas que van a nacer después de ellos y que ahora los están observando. Esto puede ocurrir en cosas íntimas, y también en asuntos más amplios.

Conozco el caso de un alma que vivió en el mundo espiritual durante el final del siglo dieciocho y el comienzo del diecinueve, y que tomó como propio ideal a un personaje prominente de la tierra, resolviendo imitarlo después de nacer. En forma clarividente, podemos ver los libros que escribía la persona que él deseaba imitar, mientras él miraba hacía abajo, desde el cielo a la tierra, con cierto anhelo, con cierta ansiedad interior; y, aunque naturalmente con una sensación un poco diferente, nosotros, como seres vivientes, volvemos la vista hacia el otro lado, hacia el Cielo. Existe, sin embargo, esta diferencia considerable entre las dos experiencias. La visión del habitante de la tierra que mira hacia el Cielo sin tener conocimiento alguno de

la Ciencia Espiritual, está propensa a permanecer más o menos indistinta; mientras qué el alma que vive en el mundo espiritual, puede ver las condiciones terrestres en forma muy clara. Ve el alma humana que admira tanto, y los libros que tanto desea leer, con gran claridad. En pocas palabras, en la segunda mitad de la existencia espiritual que media entre la muerte y un nuevo nacimiento, uno puede llegar al conocimiento de un alma humana aún hasta en pequeños detalles, porque uno puede mirar dentro de esa alma. Nosotros mismos, en nuestra vida presente, podemos darnos cuenta de que existen almas que viven en el mundo espiritual y que esperan nacer en la próxima década o más o menos. Esas almas están mirando dentro de las nuestras con ojos ansiosos porque ven allí lo que les hace falta para su preparación para la vida terrestre. En este período de su vida espiritual ven nuestras almas con gran claridad, tanto como el hombre de la tierra, por su parte, ve su Cielo con gran vaguedad. Esto es simplemente una imagen, pero servirá para mostrar cómo, aún teniendo solamente un ligero conocimiento del mundo espiritual, podemos darnos cuenta de que somos observados, como en verdad lo somos, de múltiples maneras. La mirada de los seres espirituales, y en especial de aquéllos que se encarnarán pronto, está vuelta hacia nuestras almas. Vemos, por esto, que la Ciencia Espiritual no puede sino hacer el bien, ya que tiende a lograr que la gente sea más digna de aquellos que están en los mundos espirituales y que todavía no han nacido. Cuando la investigación clarividente examina todas estas cosas, experimenta el efecto de cosas notables, y a menudo, impresionantes. Y entre las más sorprendentes, está la visión de las almas, en su camino hacia el nacimiento, que miran hacia la tierra y buscan a aquellos que serán sus padres. En otros tiempos, esto era aún más notable que ahora, pero la observación de esas almas es todavía una de las experiencias más tocantes, y uno sale con gran abundancia de impresiones. Describiré una que tengo muy a mano.

Un alma que se prepara para la encarnación, sabe que necesitará para ella una clase particular de conocimiento, que debe ser adquirido en la temprana juventud; al mirar hacia abajo, observa, aquí y allá, posibilidades de obtenerlo. Puede ocurrir, sin embargo, que para obrar así, deba renunciar a los padres que le corresponden. Estos, en otros aspectos, le hubieran brindado la mejor de las vidas; pero, se ve obligado a tomar su vuelo natal hacia otros padres, que no pueden brindarle una vida feliz. Si fuera a elegir los otros padres, no estaría en condiciones de aprovechar las experiencias más importantes. No debemos pensar que todas las condiciones de la vida espiritual difieren absolutamente de la nuestra. Por ejemplo, un alma que,

antes de nacer, tuviera su espíritu terriblemente lacerado y estuviera indecisa, podría decirse: “Quizá seré terriblemente maltratado en la infancia por padres rudos y groseros”. Si esta duda existiera, estalla un terrible conflicto dentro de sí mismo. En el mundo espiritual, uno ve muchas almas que tienen que pasar por esto cuando se preparan para el nacimiento. Debemos darnos cuenta de que, en estas luchas, las almas se enfrentan consigo mismas en el mundo espiritual, y que esas dificultades son para ellas, en cierto sentido, una especie de mundo exterior.

Lo que estoy explicando, no es solamente un conflicto interior del alma, ni tampoco sólo una batalla de las pasiones interiores, sino que está proyectado al exterior, y está, por así decirlo, completamente alrededor de uno. Se puede ver, en estampas visibles, las imágenes que pintan cómo estas almas, interiormente divididas, descienden hacia sus nuevas encarnaciones. Cuando tenemos desplegadas ante nuestra vista todas estas circunstancias, podemos comprender muy bien por qué a muchas personas no les gusta la Ciencia Espiritual. La mayor parte de la gente prefiere creer que, tan pronto como han muerto, penetran en la felicidad eterna. Sin embargo, éste no es el caso, y está bien que las cosas sean como son, ya que, con las circunstancias existentes, el mundo alcanzará finalmente la etapa de perfección que le está destinada.

El poder de investigar nuestra vida, o la de otro, en el mundo espiritual, puede ser adquirido — lo que no deja de ser curioso — por medio de las fuerzas que, al aprender a caminar, dejamos en el cuerpo etérico. La práctica de la clarividencia nos muestra que estas fuerzas, cuando han sido realmente desarrolladas, tienen ciertas ventajas sobre las fuerzas clarividentes que se desarrollan con el objeto de volver la vista hacia vidas más antiguas. Deseo que prestéis una atención especial a esta diferencia que existe entre ellas, ya que este hecho puede, en muchos aspectos, arrojar luz sobre varias cosas. No existe mejor medio para desarrollar fácilmente una clarividencia peligrosa, que el de usar las fuerzas que existen en el hombre actual para desarrollar los órganos de la palabra, las cuales, si se reservan, lo capacitan para mirar dentro de sus antiguas vidas terrenales; ya que estas fuerzas están muy relacionadas con los instintos y las pasiones más bajas que existen en el hombre. No hay camino mejor para llegar cerca de Lucifer y de Ahriman que el desarrollo de estas fuerzas; pues, aunque nos conducen realmente hasta la alta posición de ser capaces de volver la vista hacia las vidas pasadas de otra gente y de uno mismo, conducen también hacia el reino de la ilusión. Y si no están correctamente desarrolladas, el clarividente puede, bajo su influencia, caer a

un nivel moral muy bajo, en lugar de elevarse hasta las alturas. A causa de esto, estas fuerzas son de las más peligrosas, y solamente deberían desarrollarse si, al mismo tiempo, el maestro está decidido a desarrollar la moralidad más pura en sus discípulos. Por esto, un maestro experimentado no se dejará persuadir fácilmente, y en forma sistemática, para desarrollar las fuerzas que capacitan al hombre para observar antiguas encarnaciones. Es tan raro encontrar las fuerzas objetivamente desarrolladas, es decir, desarrolladas correctamente, o sea, usando solamente las fuerzas de la palabra, como es común hallar cierta clarividencia de bajo nivel que puede mirar dentro de los mundos espirituales y dar descripciones de algunas regiones espirituales. Es por ello que se usan generalmente otros medios cuando se quiere conducir a las personas a observar sus antiguas encarnaciones, y tocamos aquí un punto interesante que muestra que necesario es prestar atención a cosas que, en general, no se tienen en cuenta. Es muy raro que alguien, por medio de su instrucción espiritual, sea capaz de volver la vista hacia sus antiguas vidas terrenales desarrollando solamente las fuerzas de la palabra; es un caso muy raro, pero existen muchas personas en la actualidad que pueden hacerlo. Generalmente, se obtiene este fin con otros medios, uno de los cuales puede impresionar como muy extraño, y sin embargo, descansa sobre una profunda verdad. Supongamos un hombre bien entrado en años; requeriría demasiado esfuerzo, y quizá, la prueba sería excesiva, si él tratara de volver la vista kármicamente hacia sus antiguas vidas desarrollando las fuerzas de la palabra. En consecuencia, las fuerzas espirituales tienen el auxilio de otros medios que muchos suponen que son meramente accidentales. El puede encontrarse con alguien que lo llame por un nombre especial, o haga referencia a cierta época, o a cierta gente. Esto obra exteriormente sobre su alma de tal modo que, como resultado, él podrá desarrollar las fuerzas necesarias que sirvan de apoyo a la clarividencia. Se dará cuenta entonces de que el nombre por el cual era llamado, o las palabras pronunciadas lo conducirán, sin que el que habla tenga conocimiento de ello, a la visión retrospectiva de sus vidas pasadas. Este es un caso en que se recurre a medios externos. La persona en cuestión oye la referencia a un nombre, a una época o a un país, y con eso se la estimula desde afuera, por así decirlo, a observar sus anteriores encarnaciones terrenales. Estos estímulos externos son a veces de gran importancia para una observación clarividente del mundo. Uno tiene lo que parece ser una experiencia completamente accidental, pero de aquí irradia un estímulo para las fuerzas clarividentes que uno posee, de otra manera, sólo en forma rudimentaria.

Estas son unas pocas indicaciones aforísticas que quería brindaros como el medió de hacer que el mundo espiritual penetre dentro del mundo terrenal; éste es un asunto realmente muy complicado. Vemos, por lo tanto, que el volver la vista hacia las anteriores vidas terrenales es un procedimiento más o menos peligroso, ya que las fuerzas de la tentación tienen algo que ver con esta práctica. Pero, en cambio, hay muy pocos hombres que, al desarrollar sus fuerzas clarividentes con el objeto de observar la vida que transcurre en el mundo espiritual antes del nacimiento, serían propensos a la tentación de hacer mal uso de ellas. Por lo general, sólo almas con cierta pureza, con cierta moralidad natural, pueden volver la vista con cierto grado de certeza hacia la vida transcurrida en el espíritu antes de su actual vida terrenal. Esto ocurre porque las fuerzas que se usan como fuerzas clarividentes para mirar en la época prenatal, son fuerzas de la infancia, fuerzas economizadas al aprender a caminar. Son las fuerzas más inmaculadas que existen en el hombre. Estas fuerzas inocentes — pido a algunos que tomen nota de esto — son también aquéllas por medio de las cuales el hombre, cuando las desarrolla, es capaz de mirar dentro de la vida que precedió a su nacimiento. Esta es también la razón del porqué una criatura produce tanto encanto y satisfacción. Los niños pequeños están rodeados en su aura por esas fuerzas que, en su mayor parte, se usan para aprender a caminar — fuerzas que son también capaces de iluminar las cosas que ocurren antes del nacimiento. En lo que concierne a la experiencia clarividente, un niño, en cuyo semblante sean patentes la inocencia y la inexperiencia del mundo, manifiesta en su aura algo mucho más interesante que lo que pudiera observarse en el aura de una persona mayor. Las luchas y conflictos que se suceden en el país del espíritu antes del nacimiento, y que determinan su destino, hacen de lo que rodea al niño como su aura, una cosa infinitamente grande y llena de sabiduría. Esa sabiduría es a menudo mucho más grande que la que un ser humano, en el resto de su vida, pueda encerrar en palabras. El semblante del niño puede ser una cosa indefinida, pero el clarividente que lo observa puede aprender muchísimo si su visión es capaz de percibir lo que rodea al niño como un aura. Y si las fuerzas que pertenecen a la infancia se desarrollan más tarde en forma clarividente, uno puede percibir las circunstancias concretas que preceden al nacimiento del hombre. Quizá sea una satisfacción personal el poder mirar dentro de ese mundo, pero reviste particular interés para el que está ansioso de comprender la conexión total. Una búsqueda en los anales Akáshicos relacionada con ciertas personalidades de la historia del mundo, no consiste solamente en leer lo que está allí inscripto acerca de sus vidas en el plano físico, sino que debe

mostrarnos también cómo preparan ellos sus próximas vidas en ese plano, mientras viven como almas en el mundo espiritual entre la muerte y un nuevo nacimiento.

Ahora bien, las fuerzas que pueden arrojar luz sobre las anteriores encarnaciones, si las conservamos en estado de pureza, no se han guardado tanto deja infancia como de esa edad del ser humano en que se desarrollan las pasiones (a menudo las más bajas y las peores). Estas fuerzas, que se ocupan de tareas diferentes en la naturaleza del hombre, se desarrollan mucho después que aquéllas que están relacionadas con la formación de la palabra. Estas fuerzas están unidas a todo aquello que se desarrolla en el hombre bajo la forma de sentimientos de amor sensual, y a todas las cosas que están relacionadas con estos sentimientos. Existe una relación especial entre todo lo que conduce hacia el amor sensual y todo lo que conduce a la palabra. Y esto se manifiesta en el ser humano en las alteraciones sonoras que conducen al cambio de la voz. A partir de esta edad se almacenan muchas de estas fuerzas, y si las conservamos en estado de pureza, pueden conducirnos a una visión retrospectiva de nuestras antiguas vidas terrenales; pero, si no las conservamos en estado de pureza, estas fuerzas pueden revelarse como los instintos sensuales del hombre, y conducirnos entonces a una depravación oculta muy grande. Estas fuerzas clarividentes, economizadas en aquella época especial de la vida, son las más propensas a la tentación.

Comprendéis así, mis queridos amigos, la relación total. El clarividente que está pronto a hablar acerca de la época transcurrida entre la muerte y un nuevo nacimiento (y alguno de vosotros debe de haberse dado cuenta de lo poco que se habla acerca de éste), ha desarrollado en sí mismo las fuerzas que economizó en su temprana infancia. Pero se debe desconfiar del clarividente que habla mucho — por lo general, tonterías — acerca de las antiguas encarnaciones de la gente, y esto, ocurre muy a menudo. Ciertas personas manejan esa información como si estuviera servida en una bandeja, por así decirlo. Debernos desconfiar de tales personas, porque las fuerzas que se suscitan en este dominio son las que están más abiertas a la tentación. Las fuerzas que pueden economizarse con este objeto, se guardan desde la época en que se desarrolla el amor sensual, cuando el hombre todavía no se manifiesta en la vida social. Estas fuerzas conducen algunas veces a una gran tontería, y especialmente a tonterías ocultas, porque éstas, más que ninguna, están sujetas a errores sucesivos en los dominios del mundo espiritual.

¿Por qué, entonces, la información de los clarividentes que están sujetos a estas fuerzas particulares es, tan a menudo, poco digna de fe?. Esto ocurre

porque, entre ellas, se despiertan en el hombre al mismo tiempo, como un vaho, los instintos y los impulsos más bajos; y entonces, cuando Ahriman y sus espíritus ahrimánicos se aproximan, de esa especie de vaho que se levanta, ellos forman fantasmas que pueden observarse y que se consideran entonces como pertenecientes a antiguas encarnaciones.

El tipo correcto de clarividencia, que permite describir circunstancias como las que se mencionan en la ***Ciencia Oculta,*** puede ser fácilmente desarrollado con la economía de las fuerzas que sólo podrían reservarse en una etapa posterior de la vida — después de los veinte a los veinticinco años. Las fuerzas que se desarrollan entonces, están comúnmente relacionadas con la vida del intelecto y, durante esta época, la vida puede tomarse con cierto tranquilo sentido común. De este modo, las investigaciones en este dominio están menos sujetas a errores y a engaño.

Vemos, entonces, que las grandes relaciones del mundo, las grandes relaciones espirituales, se pueden determinar por medio de esas fuerzas que, en la naturaleza humana, trabajan para el desarrollo del cerebro.

La visión de antiguas vidas terrenales se puede adquirir con el cultivo de aquellas fuerzas que se economizan en la juventud, cuando ya no hacen falta para el desarrollo de la palabra y rigen el dominio y los órganos de los deseos sensuales.

El país del espíritu propiamente dicho, que es de especial interés porque allí se prepara la nueva vida, se puede investigar por medio de aquellas fuerzas que se economizan en la temprana infancia, cuando el niño aprende a caminar.

Los hechos enunciados son, en verdad, notables, pero si deseamos penetrar en el mundo espiritual, debemos acostumbrarnos a aceptar muchas nuevas concepciones que, al principio, deben de parecernos paradójicas. El mundo espiritual no existe simplemente para proporcionar una continuación del mundo físico de los sentidos — y realmente, en muchos aspectos, es exactamente lo opuesto de éste último. El hombre aparece como un ser muy importante en el universo cuando miramos la única cara de su transcurrir en la vida terrenal, su destino, su capacidad, y sus actividades. Por el otro lado, si se aprende a entender lo espiritual, vemos la vida muy diferente que tuvo entre la muerte y un nuevo nacimiento. Recién entonces contemplamos al hombre en su entera significación y destino.

En estas dos conferencias traté de brindaros una idea, una descripción de varias cosas que existen en el mundo espiritual. Quise hacerlo así de un modo muy aforístico, porque nos hemos encontrado aquí por primera vez, y porque podréis conocer más de las exposiciones sistemáticas de mis libros y

publicaciones. Por eso, quise agregar un poco aquí y allá a lo que ya había expuesto en otra parte. Me pareció que esto sería más útil, para los amigos de esta ciudad, que haber elegido un capítulo más orgánico de la Ciencia Espiritual. Si me permitís expresarme así, al final de una unión, para mí, tan feliz, quisiera que la Ciencia Espiritual penetrara en los corazones y en las almas de los hombres de la época actual, tanto como sea posible. Esto es importante por dos tazones.

Primero, porque si consideramos la vida que nos rodea, y observamos los hechos de esa vida, y cómo el hombre se vuelve cada vez más materialista en su espíritu a pesar de los grandes adelantos de la cultura, nos damos cuenta de que es cada vez más necesario que el hombre posea la Ciencia Espiritual, tanto como le haga falta, y ello ocurre solamente porque esta vida exterior lo hace tan materialista. Sólo por esto, porque los grandes hechos de la vida exterior pueden convertir al hombre en un ser materialista, éste necesita el contrapeso de la Ciencia Espiritual. La Ciencia Espiritual es una necesidad para la vida terrenal de la humanidad, y debe llegar a serlo cada vez más en un futuro cercano. Cualquiera que reflexione sobre el grado en que la vida externa, no obstante los grandes adelantos de la civilización, puede gradualmente descender cada vez más hondo en el materialismo, y paulatinamente decaer, y extinguirse, sentirá dentro de sí mismo el anhelo de ver que la Ciencia Espiritual penetra en los corazones y en las almas de los hombres. Nuestra civilización puede progresar más, y llegar a ser cada vez más grande; pero aunque necesitemos nuestros ferrocarriles y vapores, los teléfonos, los aviones, y todo lo que la civilización pueda proporcionarnos, sin embargo, así como las aves, canoras son rechazadas por el humo de nuestras chimeneas, también la alegría, la frescura y la armonía de nuestra vida anímica desaparecerá bajo, la influencia de esta cultura materialista, a menos que la Ciencia Espiritual conduzca al hombre hacia la espiritualidad. En consecuencia, el que sea capaz de conservar claramente las circunstancias, debe experimentar la necesidad de hacer que la Ciencia Espiritual se conozca más ampliamente; esto es una necesidad.

Por otra parte, está el hecho de que, a causa de esta cultura materialista, el hombre nunca ha rechazado tan poderosamente la Ciencia Espiritual, ni la ha odiado tanto como en la actualidad.

Hoy nos enfrentamos con estos dos hechos inevitables, la Necesidad y la Incomprensión. Están frente a nosotros como dos pilares entre, los cuales debemos pasar, si queremos difundir la Ciencia Espiritual por el mundo. Para nosotros, que deseamos madurar nuestras almas para la Ciencia Espiritual,

habrá en cada pilar un desafío, un severo llamado a realizar todo lo que esté en nuestro poder para que la Ciencia Espiritual llegue a nosotros y a todos aquellos que claman por ella.

Quise dirigirme a vosotros desde este punto de vista la primera vez que hablé en esta ciudad, y desde este mismo punto de vista quiero decir mis palabras de despedida: de este modo, algo de aquello que se me ha permitido expresar podrá llegar a vuestros corazones y a vuestras almas, y no sólo a vuestras mentes. Debéis sentiros, entonces, más estrechamente unidos a nosotros y a todos aquellos que desean difundir este movimiento por el mundo en una forma más activa que como lo han hecho hasta ahora.

Como no podemos permanecer reunidos en el espacio como lo hemos estado hasta ahora — por la primera vez — me gustaría tener la sensación de que esta visita acercará nuestras almas más estrechamente que antes. Con este deseo, mis queridos amigos, me despido de vosotros y de vuestra numerosa ciudad. Tengo plena conciencia de que, cuando una reunión como ésta ha tenido lugar, nuestra unión en el espacio ha sido un estímulo para una unión que no depende del tiempo ni del espacio. Con estas palabras os saludo y me despido de vosotros. Que el hecho de haber estado juntos en el espacio pueda proporcionar el estímulo para una unión permanente y constante en el espíritu.